

Glenn Murcutt en Chile Premio Pritzker 2002

Santiago, noviembre de 2001
Conferencia en la Escuela de Arquitectura
Pontificia Universidad Católica de Chile

Transcripción y traducción al español de Patricio Mardones

El arquitecto australiano Glenn Murcutt visitó Chile a fines del año pasado. Durante su visita, gestionada por las escuelas de arquitectura de las universidades Federico Santa María y Católica de Chile (a través de la Dirección de Extensión) Murcutt dio una charla en el auditorio Sergio Larraín García-Moreno de nuestra escuela, de la que presentamos algunos extractos. Glenn Murcutt recibió en mayo de 2002 el Premio Pritzker de Arquitectura, considerado actualmente como el reconocimiento internacional más importante que un arquitecto puede obtener. Este premio, otorgado por la Hyatt Foundation, ha sido entregado en versiones anteriores a Alvaro Siza, Rafael Moneo, Rem Koolhaas, Norman Foster, Jacques Herzog y Pierre de Meuron, entre otros.

En un mundo marcado por el star system y la presencia dominante de los medios, el jurado destacó el trabajo silencioso y responsable de este arquitecto "anticuado", que como nosotros en Sudamérica, busca el sol en el cielo del norte.

+ info: www.pritzkerprize.com

Australian architect Glenn Murcutt visited Chile at the end of 2001, as the guest of the schools of architecture of two universities, the Federico Santa Maria and the Católica (through its Extension department). We offer extracts here from a talk he gave in the Sergio Larraín García-Moreno auditorium of the Católica.

Glenn Murcutt won the 2002 Pritzker Prize for Architecture, considered one of the most important international prizes. Awarded by the Hyatt Foundation, previous winners have included Alvaro Siza, Rafael Moneo, Rem Koolhaas, Norman Foster, Jacques Herzog and Pierre de Meuron.

In a world where the star system and the media predominate, the jury distinguished the quiet, responsible work of this "old-fashioned" architect who, like us in South America, looks for the sun in the northern sky.



Fotografía: B.V.E.

“...Lo importante de entender es que trabajo solo. No tengo un equipo de dibujantes o asistentes, ni secretaria ni recepcionista, ni nadie en la oficina. Eso significa que mi trabajo como arquitecto exige mucho tiempo, todo el necesario para hacer las investigaciones pertinentes, las reuniones con los clientes, negociaciones con la municipalidad, los dibujos de planos, los detalles, las especificaciones, la administración, y todas las visitas de obra necesarias para que la construcción del edificio se ejecute adecuadamente; en mi opinión, se trata de hacer las cosas de una manera que cada vez es más rara en el oficio, donde a menudo no hay tiempo suficiente para dedicarle al proyecto. Y el tiempo es esencial.

Comencé mi ejercicio profesional en 1969. Desde entonces, he visto muchos buenos profesionales expandir sus oficinas, y en ese proceso de crecimiento había una relación, inversamente proporcional, entre la expansión y la arquitectura; y la arquitectura se iba retirando, paulatinamente, a medida que la oficina crecía. Y pude darme cuenta que uno de los principales problemas que enfrentamos como arquitectos es cómo sobrevivir manipulando el poco tiempo del que disponemos, y en una oficina muy grande se le da poco tiempo a la reflexión. Es más bien una práctica que dedica su tiempo a la producción, y a pasar de un proyecto al siguiente lo más rápido posible. Para mí, el principal objetivo para un arquitecto tiene que ser la realización en la arquitectura. La cosa es: si ejerces como arquitecto sin el deseo de hacer de tu trabajo algo especial, creo que es mejor que te dediques a otra cosa, como contador por ejemplo, con lo que ganarás dinero sin dañar el medio ambiente, y podrás hacer contribuciones al mundo de los impuestos y las leyes, lo que sin duda es mejor que dedicarse a construir malos edificios –al menos no quedarán evidencias construidas-. Entonces es cuando pasamos las noches trabajando, y en vez de subordinar la práctica profesional a los números yo la subordino al tiempo. Y le doy tiempo a cada proyecto, lo que significa que no puedo aceptar a todos los posibles clientes. Tengo que enviar clientes a otros arquitectos. Al principio de mi carrera, mis clientes debían esperar por mis servicios algo así como un mes; luego ha habido un período largo en que la espera era de tres años antes que me pudiera hacer cargo de los trabajos, y actualmente son cinco años antes que pueda comprometerme con un nuevo encargo. El asunto es que, desde el principio, mi padre me repetía: “...hijo, debes recordar: comienza cada trabajo de la misma manera en que te gustaría terminarlo. Y cada compromiso que hagas a lo largo de tu carrera, en tu agenda, representará el estándar de tu siguiente cliente”. Entonces, con cada compromiso que se hace, cambia el parámetro del cliente, cambia hacia el último trabajo. Y esto es algo muy significativo para mí, entender que es importante estar en condiciones de hacer una obra que defienda un nivel, y que ese nivel marque una cota para las obras futuras. Después de todo, si el cliente está pagando a un arquitecto por el trabajo, se trata de una inversión, él espera lo mejor del arquitecto. Y es importante para ese arquitecto dar lo mejor de sí mismo o misma a ese proyecto.

Ése es mi punto de vista: es parte del interés del cliente permitir al arquitecto disponer del tiempo necesario para trabajar reflexivamente, y hacer del proyecto, al menos, un buen estándar. Eso es lo que espero: responder al lugar, entender el lugar, no diseñar con la idea de hacer arquitectura chilena o australiana, eso es naïve. Creo que debemos pensar en diseñar para el lugar en que estamos, en términos del clima, de todas las condiciones del emplazamiento, del lugar, de la luz, y de todas las cuestiones del espacio, la sencillez, (la otra cara de la complejidad)... De verdad creo que es necesario diseñar con la mente serena. En palabras de Barragán, cualquier edificio diseñado sin una mente serena es, según mi punto de vista, un error; cuando la serenidad encuentra la alegría, en cambio, llena las máximas aspiraciones.

Voy a describir mi trabajo pasando por diferentes zonas climáticas de Australia... he comentado a algunos de Uds. antes que este es el primer viaje que hago a una región del

mundo donde no tengo que hacer notar que en mi obra el sol viene desde el norte, y eso es una gran alegría para mí, porque en el hemisferio norte creo que a veces no me creen respecto a este punto, particularmente en los Estados Unidos; allí el sol está hacia el sur, “tal como tiene que ser en el resto del mundo”, y allí los husos horarios del mundo son por supuesto los mismos que los de los Estados Unidos. No es que quiera detenerme para hacer pasar a esta nación por un mal rato, pero me gustaría decir algo: vengo de una sociedad que no piensa inmediatamente en el aire acondicionado, por lo que mis edificios consideran el clima y trabajan con él, y no como en los Estados Unidos, donde la gente sale de sus casas con aire acondicionado, para subir a sus autos con aire acondicionado, para ir a trabajar en sus oficinas con aire acondicionado, y de vuelta a sus autos con aire acondicionado y a sus casas con aire acondicionado, donde finalmente tienen que encender el televisor para saber qué temperatura hubo y cómo estuvo el día. Yo estoy particularmente interesado en una arquitectura donde se pueda sentir el clima. Estar esta tarde en el fantástico patio de esta Escuela, y sentir cada masa de aire, cómo las cualidades del aire cambian, sentir sus olores, sentir y ver la luz que atravesaba el lugar, los hechos de la luz, cómo el verde de las plantas se refleja en los muros de las galerías, cómo la luz impacta el pavimento y tiñe de rojo los muros... Estas son sutilezas que simplemente no existen en una sociedad que remueve nuestros cuerpos del medio, anulándolos como sensores del lugar y del paisaje. Es fundamental para mí entender dónde estoy, darme cuenta si hay viento, si ese viento es cálido, o si ese viento es frío o extremadamente frío, o darme cuenta si hay humedad, si se trata de un día húmedo y caluroso o un día húmedo y lluvioso, o si es un día caluroso y seco... el cuerpo es un sensor, estamos aquí para que el cuerpo opere con el medio, de una manera precisa. Entender las diferentes estaciones, y los cambios, es importantísimo para mí entender si acaso estoy diseñando para un clima frío, de manera que los edificios respondan adecuadamente a esa realidad. Me gusta decirle a los estudiantes: “En cualquier sociedad, noten la manera en que la gente se viste, y vean el clima como un problema de envolventes y capas”. Por ejemplo, hoy llevo puesta una chaqueta y una camisa. Claro que no usé la chaqueta durante la mayor parte del día, pero esta habitación es fresca y por lo tanto tiene sentido que ahora me la ponga; si el auditorio se vuelve caluroso puedo sacármela de nuevo: de esto se trata la idea de envolventes. Y si de pronto el tiempo empeora, puedo agregar un sweater, o un abrigo, y usar ropas más gruesas. Para mí, es muy significativo observar estos cambios, en cualquier sociedad. Y creo que la arquitectura debiera responder análogamente, con vestidos o envolventes, de acuerdo a los diferentes tonos del clima y a las distintas áreas geográficas, de la misma manera que el paisaje se transforma de agua a tierra, o como con nuestros cuerpos. Hay una graduación y una secuencia desde nuestra frente, a las cejas, a las pestañas, a los párpados y al ojo, u otros sistemas del organismo; como la nariz, dentro de la cavidad nasal, y desde ahí a la boca, y después la lengua, secuencias de protección que trabajan desde adentro hacia afuera. Por ello un edificio que no puede tener ventanas que se abren es para mí simplemente ridículo. Esto es algo central. Debe ser posible para nosotros trabajar en nuestros edificios, respirar, poder controlar las capas que nos rodean y que nos protegen, poder sentir las variaciones del tiempo... Si consideráramos las maneras en que un edificio puede controlar la luz, cómo manejar el calor del exterior, cómo cerrarse a los vientos fríos, la existencia de pantallas para los insectos (que pueden ser muy molestos en mi país), aparecen fantásticas posibilidades para la arquitectura. Se trata de permitir la existencia de dispositivos que controlen la luz y la ventilación, incorporándolos a la cáscara del edificio. Claro, las envolventes de mis edificios establecen una conversación con los cambios del medio, eso es muy importante para mí, que los edificios afinen y aligeren sus vestidos. Es muy importante para mí...”

En memoria de Manuel Moreno

Manuel Moreno, arquitecto de la Universidad de Chile, fue uno de los grandes amigos de nuestra editorial. Autor, junto a Humberto Eliash, del primer libro que publicamos; articulista de ARQ, miembro del comité editorial, apoyó desinteresadamente cada uno de los proyectos editoriales que hemos emprendido en estos años. Sus ideas, su punto de vista crítico y los consejos que nos entregó son regalos que nos acompañarán por mucho tiempo.

“...Sucede que Manuel fue un ser humano dotado de múltiples gracias y talentos: como pocos. Fue un arquitecto notable, completo, con una idea de lo que es la calidad duradera y las complejidades de la auténtica arquitectura. Buen discípulo y buen maestro, miembro y director de equipo, emprendedor, incansable. Fue el profesor notable de que tantos alumnos guardan un recuerdo agradecido: por un consejo, una crítica, una indicación, una oportunidad. Fue un crítico agudo, investigador de intuición notable, escritor, lector empedernido, siempre bien informado. Solía decirse aficionado en muchos de estos registros a la crítica y a la producción de la arquitectura de nuestro medio. Tenía una inteligencia lúdica, rápida, sintética, práctica en el mejor sentido del término: un poeta de un realismo descarnado. Por sobre todo ello, supo ser un ser humano entrañable, un padre, un hermano, un marido, un amigo. Visto a la distancia tenía o tal vez adquirió, una sabiduría, que le hacía poner cada cosa en su lugar. Fue capaz de relacionarse con tantas condiciones, en tantos lugares y situaciones: un cruce de caminos donde tantos hemos venido a encontrarnos”.

Extracto de lo leído por Fernando Pérez en el funeral de Manuel Moreno, el 30 de abril del 2002.

